

VALERY LARBAUD (1881)

Oda

PRÉSTAME tu gran estruendo, tu majestuosa marcha tan
|serena.

Tu resbalar nocturno a través de Europa iluminada.

¡Oh tren de lujo! y la angustiada música

Que zumba por tus pasillos de dorado cuero.

Mientras que tras las puertas de relucientes lacas, con picaportes
|de pesado cobre.

Duermen los millonarios.

Recorro canturreando tus pasillos

Y sigo tu carrera hacia Viena y Budapest,

Mezclando mi voz a tus cien mil voces,

¡Oh Harmonika-Zug!

Yo he sentido por vez primera toda la dulzura de vivir.

En un compartimento del Nord-Express, entre Wirballen y
|Pskow.

Rodábamos a través de praderas donde pastores,

Al pie de grupos de grandes árboles semejantes a colinas.

Vestían pieles de carneros crudas y sucias. . .

(Las ocho de la mañana en otoño, y la bella cantatriz

De ojos violetas cantaba en el compartimento inmediato.)

¡Y vosotros, grandes cristales a través de los cuales he visto
|pasar Siberia y los Montes del Samnio.

Castilla áspera y sin flores, y el mar de Mármara bajo una
 [lluvia tibia!
 Prestadme, oh Orient-Express, Sud-Brenner-Bahn, prestadme
 Vuestros milagrosos ruidos sordos y
 Vuestras vibrantes voces de prima de guitarra:
 Prestadme la respiración fácil y leve
 De las locomotoras esbeltas y delgadas, de movimientos
 Ágiles, las locomotoras de los rápidos.
 Que preceden sin esfuerzo a cuatro vagones amarillos con letras
 [de oro
 Por las soledades montañosas de Serbia,
 Y, más lejos aún, a través de Bulgaria llena de rosas. . .

¡Ah! es preciso que esos ruidos y que ese movimiento
 Penetren en mis poemas y digan,
 Por mí, mi vida indecible, mi vida
 De niño que no quiere saber de nada
 Que no sea esperar eternamente cosas vagas.

(A. O. Barnabooth, *ses Œuvres complètes*, ed. de *La Nouvelle Revue Française*, 1913; separadamente: *Les Poésies de A. O. Barnabooth*, *La Nouvelle Revue Française*, 1923.)

Europa

I

UNA medianoche en el mar como hay tantas:
 El Cunarder con rumor suave sobre el mar sin luna.
 Haría calor, si no fuese por esta brisa.
 El ruido de la ola más próxima: una salpicadura:
 Y otra ola un poco más lejos: una aspersion:
 Y otra más: un retumbar lejano;
 Y otra, volviéndose, hace "¡Chut!"

Y todas las olas del mar murmuran prolongadamente.
 Bajo los puentes, los salones están colmados de luz.
 Y llenos de señores vestidos de negro y de señoras con trajes
 |escotados.

Saborea ¡oh débil corazón! la angustia de esta hora.
 Piensa tan sólo en tu infancia. Qué, ¿lloras?
 No, no, retén tus lágrimas: escucha a los *tziganes*
 Que tocan en el restaurante, hacia popa. . .
 El poeta está de pie junto a su compañera
 Recostada sobre un diván, bajo sus pieles, hacia proa.
 "Un ángel, una joven española" que por momentos.
 Pensando en él, le dice a media voz:
 "Mein Liebling!"

Y de nuevo el ruido indiferente de las olas. . .
 ¡Hola! ¡un relámpago!
 Mas no; no es posible; hace buen tiempo. . .
 Y siempre el viento y el ruido de las olas interminables. . .
 ¡Otro aún! ¡Allá, allá lejos, mira!
 Siempre en aquel mismo rincón del cielo.
 Pasa como una hoz sobre las avenas.
 ¡Hola!, otro;
 Dura un segundo apenas. Se diría
 Que gira.
 Allí: ¡ahí pasa!. . .
 He visto girar la lumbre; el faro, como un demente.
 Torna su cabeza flameante en plena noche, gigantesco der-
 |viche.

Y, en su vértigo de luz,
 Ilumina el camino de los campos, el seto florecido, la choza.
 Y el ciclista moroso, y el carruaje del médico sobre la landa.
 Y los abismos desiertos por donde el paquebote navega.
 He visto girar la lumbre, y callo.
 Mañana a primera hora, las gentes del salón, subiendo sobre
 |el puente
 Donde el viento les excitará las mejillas y los ojos fríos.
 Exclamarán: "¡La Tierra!"
 Y se extasiarán en sus bufandas.

Europa, bien veo que eres tú, te sorprendo de noche.

Torno a encontraros en vuestro lecho perfumado. ¡oh mis
| amores!

He visto la primera y más adelantada
De tus millares de luces.

Allí, en ese rinconcito de tierra, todo carcomido
Por el Océano que abraza inmensas islas
En los múltiples repliegues de sus abismos desconocidos,
Allí, están las naciones civilizadas,

Con sus capitales enormes, tan luminosas, de noche,
Que hasta por encima de los jardines lucen un cielo de color
| de rosa.

Los suburbios se dilatan sobre las praderas ulceradas,
Los faroles alumbran las rutas más allá de las puertas:
Los trenes iluminados se deslizan entre las cunetas;
Los vagones-restaurantes están repletos de personas sentadas a
| la mesa:

Los carruajes, en hileras oscuras, esperan
Que las gentes salgan de los teatros, cuyas fachadas
Se yerguen enteramente blancas bajo la luz eléctrica
Que silba en los lechosos globos incandescentes.
Las ciudades salpican la noche como constelaciones:
Las hay en la cima de las montañas,
En la fuente de los ríos, en medio de las llanuras,
Y sobre las mismas aguas, en las que ellas contemplan sus luces
| rojas. . .

“Mañana, todas las tiendas estarán abiertas, oh mi alma. . .”

II

Nada de países coloniales, que sólo tienen para sí
Las maravillas de la naturaleza, y que no han sabido
Procurarse ni siquiera un Teócrito.
Repulsa de días enteros pasados en la hamaca,
Levemente vestido, en ciudades sin tiendas.
Repulsa de cacerías de animales feroces, de residencias

Reales de las Indias y de ciudades de Australasia,
 Donde no se hace más que pensar en ti, por ti, Europa.
 ¡Porque allí, entre las brumas, están las bibliotecas!
 ¡Oh aprenderlo todo, oh saberlo todo, todos los idiomas!
 Haber leído todos los libros y todos los comentarios:
 ¡Oh, el sánscrito, el hebreo, el griego y el latín!
 Poder entender un texto cualquiera
 A primera vista, y dominar el mundo,
 Por la ciencia, desde las bambalinas, como si se tuviese
 En un solo puño los cordeles de esos títeres multicolores.
 ¡Sentir que se está tan alto que ya nos aferra el vértigo.
 Como si alguien os murmurase las palabras:
 "Yo te daré todo eso", sobre la montaña!

III

¡Europa!, tú satisfaces esos apetitos sin límites
 De saber, y los apetitos de la carne,
 Y los del estómago, y los apetitos
 Indecibles y más que imperiales de los Poetas.
 Y todo el orgullo del Infierno.
 (Yo me he preguntado a veces si tú no eras uno de los
 | peldaños, un cantón adyacente, del Infierno).
 ¡Oh Musa mía, hija de las grandes capitales, reconoces tus
 | ritmos
 En ese retumbar incesante de las calles interminables!
 Ven, quitémonos nuestros trajes de noche, y pongámonos
 Yo esta chaqueta raída y tú ese vestido de lana,
 Y mezclémonos entre el pueblo trivial al que ignoramos.
 ¡Vamos a danzar al baile de los estudiantes y de las modis-
 | tillas.
 Vamos a encanallarnos al café-concierto!
 Dite
 Que sólo somos aquí huéspedes de paso
 Cuyos rastros se marcan apenas, sin duda,
 Sobre ese barro liviano y brillante que hollamos.

Cuando así nos plazca, regresaremos a las selvas vírgenes.
 El desierto, la pradera, los Andes colosales,
 El Nilo blanco, Teherán. Timor, los mares del Sur,
 Y toda la superficie planetaria nos pertenecen. cuando que-
 | rramos!

Porque si yo fuese uno de esos que viven siempre aquí
 Trabajando desde la mañana hasta la noche en las fábricas,
 Y en las oficinas, y que van a veladas.
 O a desempeñar por centésima vez un papel cualquiera en un
 | teatro.

O a los círculos, o a las reuniones hípias,
 No podría soportarlo y, como un campesino
 Que regresa después de haber vendido su cosecha en la ciudad,
 Yo partiría,
 Con un bastón en la mano, e iría, e iría.
 Marcharía sin detenerme hacia el Ecuador!

¡Para mí,
 Europa es como una sola gran ciudad
 Llena de provisiones y de todos los placeres urbanos,
 Y el resto del mundo no es más que campo abierto donde.
 | sin sombrero.
 Corro de cara al viento lanzando gritos salvajes!

IV

En Colombo o en Nagasaki leo los Baedekers
 De España y de Portugal o de Austria-Hungría;
 Y contemplo los planos de algunas ciudades de secundaria
 | importancia.

Y medito su descripción sucinta.
 Allí están señaladas las calles donde habité,
 Los hoteles donde iba a comer, y los teatrillos.
 Son ciudades a las que nunca visitan los turistas.
 Y las cosas permanecen invariablemente en su sitio
 Tan inmóviles como las palabras en las páginas de un libro.

Se abandona el "pueblo" una buena mañana; se va
 A la Estación del Norte en el ómnibus antiguo
 De la Fonda de Aragón. Diminuta ciudad,
 Permanece tranquila, yo te sé fiel, regresaré:
 Las Indias, el Japón, no están lejos para mí;
 El año próximo, o quizá dentro de algunos meses,
 Yendo a Barcelona o a Sevilla, tomaré
 (¡Tendré ese heroísmo!) el tren Correo pleno de lentitud,
 Y el ómnibus de la Fonda de Aragón contendrá a este viajero
 Y lo sacudirá según el ritmo estridente de los vidrios
 A lo largo de calles angostas entre las casas dispuestas como
 [una escenografía,
 Como si hubiese partido en la vispera y regresase
 Después de una visita a la ciudad vecina.

¡Y vosotros, puertos de Istria y de Croacia,
 Y riberas dálmatas, verde y gris y blanco puro!
 Pola en la bahía clara está llena de navios
 Acorazados, entre bancos de musgo verde, navios empavesados
 De alegres banderas rojas y blancas bajo un cielo plácido.
 Querson, Abbazzia, Fiume, Veglia, ciudades nuevas,
 O que por lo menos parecen nuevas, sin que se sepa
 Por qué; Zara, Sebenico, Spalato, y Ragusa
 Como una cesta de flores volcada junto a las olas;
 Y las Bocas de Cattaro, donde nunca se termina
 De seguir al mar entre las montañas
 Almenadas de inaccesibles ciudadelas venecianas.
 ¡Oh Cattaro, cajita, diminuta fortaleza que se daría
 Como aguinaldo a un niño (ni siquiera falta
 El puesto de soldados verdosos frente a la puerta);
 Cajita de construcción, pero siempre llena
 De un olor de rosa venido de no se sabe dónde!

Y, después de esos países de madera recortada y pintada que
 |huele gratamente.
 Y que austeras y abruptas montañas negras envuelven de
 |sombra y de frescura,
 Arida, tú, ardua, ruta de Montenegro, ruta del vértigo
 Donde se ve los puertos austriacos y los barcos, abajo.

Tan pequeños como en el extremo menor del antejo de larga
| vista.

(¡Oh ruta y caballos montenegrinos, qué terrores
Me habéis inspirado en aquel viejo landó azul!)
La diligencia roja vuela hacia adelante
Por este país de piedra grisácea, donde un árbol
Es agradable a la vista como toda una selva,
Por este país grisáceo y negro, donde en el fondo de valles,
Profundos como pozos, se columbra
Campos inverosímilmente pequeños, verdes, azules, amarillen-
| tos y gris claro, enmarcados de piedras,
Como un jirón de la malla de Arlequín caído allí.
Pero Njegos es una aldea roja y blanca, clara y alegre,
En un valle donde recién se han secado las aguas del diluvio.
Rutas tristes de los alrededores de Cetiñé (con el Belvedere):
| y a veces

En la nitida aridez mineral de esos abismos
Que hacen pensar en paisajes lunares,
Estalla bruscamente, como si las piedras hablasen, una música
Dura, triste y bien escandida, y que colma
Al cielo atiborrado de rocas con su algarada creciente.
Y el alma inquietada se turbaba y no sabía qué responder
A esas voces bien ordenadas oídas por todas partes
En la absoluta soledad,
Hasta que aparecían por fin en un recodo del camino las pri-
| meras filas de un regimiento granate y azul.
Después, hacia Rjeka, cuando se ve, como en un nuevo mundo,
El lago de Escútari,
Hay tristes tiendas en pleno viento, recubiertas de roja tela
| de Andrinópolis que huele fuertemente.
Y albaneses blancos, bordados de negro, pasan adustamente.
Con armas en la cintura. . .
Y mientras que los grandes barcos de Oriente y del Pacífico
Duermen, bajo el aderezo de todas sus luces encendidas,
En el inmenso puerto de Extremo-Oriente, vuelvo a ver
Desde la ventana del comedor del Grand-Hotel, en Cetiñé,
Las casas bajas y pintadas en colores deslucidos,
Y la tristeza de las ciudades eslavas, aún más triste
Al sentirse desarraigada en este país.

Al enorme perro del Grand-Hotel Vuletich, *Turco*, creo, me
 [parece
 Volverlo a ver echado al sol, lindo animalito color de café
 |con leche:
 Dormía en la calma de la aldea-capital. . .
 Pobre y pesado *Turco*, quizá está muerto, ahora. . .

V

¡Agua del Océano Atlántico
 En la bañera de plata de mi casa de Londres,
 Cómo tu olor es suave y áspero, mientras
 Que con un brazo húmedo
 Agito frente a mi rostro una pantalla perfumada!
 ¡Oh aquí me hallo bien, por fin, con el Océano en mi propia
 |casa
 Y Grosvenor Square visto entre las mil flores de las ventanas!
 ¡Mi hermosa casa! (Qué diferente
 De aquella en que nací en Campamento,
 Al borde del desierto de Arequipa — lejísimo.)
 ¡Mas qué! siento que le es necesario a este corazón vagabundo
 La trepidación de los trenes y de los navios,
 Y una angustia sin dicha y alimentada sin tregua.

VI

ESTOCOLMO

Muchachitas que vendéis periódicos, vestidas de corto,
 De azul claro con blancos cuellos marinos,
 Aquí estáis de nuevo, siempre misteriosas para mí.
 No se sabe; tenéis entre doce y veinte años:
 Uno se pregunta si, además, tenéis pretendientes:
 Todas os parecéis no solamente en el traje.

Sino también en el rostro, hermosos rostros blancos, brillantes.
 De rasgos amablemente duros, de ojos huraños y azules.
 Hace algunos años, estuve enamorado de todas vosotras.
 Como he estado enamorado de floristas romanas,
 De jovencitas de la isla de Marken, que se va a ver desde
 |Amsterdam.

De campesinas de Corfú, y hasta
 De una falsa bohemia, organillera en Londres.
 El disfraz conmueve siempre a mi corazón de poeta,
 Y el veros me hace imaginar aventuras.

¡Djügarden, pálidos jardines lejos de los largos andenes de
 |piedras

Grises de un gris tan suave, tan puro y estival!
 Quiero errar entre esos bosquecillos, a lo largo de esos teatros.
 Con el corazón embebido en caloric-punch helado.
 Iré a los jardines de los restaurantes
 Donde hay señores ebrios que duermen apoyados sobre las
 |mesas:

Iré a oír ahí las últimas canciones de Berlín.
 Y después miraré el escaparate maravilloso
 Del vendedor de fonógrafos situado en el ángulo del Arsenal-
 |sgatan
 Y la estatua de Carlos XII me sonreirá entre el verdor de esta
 |plaza umbrosa y suave
 Donde he sufrido.

Stromparterren, plaza donde se bebe, al borde de las aguas.
 Como en el agua, y debajo de un puente, debajo del follaje.
 De tarde, caloric-punch, y licores que sólo se sirven
 En frascos de un cuarto de litro, que es necesario vaciar ente-
 |ramente.

Esto es lo más grato de Estocolmo.
 Esto hace pensar en Venecia y en las tardes sobre el Támesis.
 Y es más hermoso que las vendedoras de periódicos.
 Y, para resguardaros de la humedad de las noches
 Se os hace envolver en un rebozo de lana
 De un rojo muy intenso, de suerte
 Que todas las señoras son Caperucitas Rojas.

VII

LONDRES

Después de haber amado ojos en Burlington-Arcade,
Recorro Piccadilly a pie, pausadamente.

¡Oh ráfagas de primavera entremezcladas con emanaciones
|úricas.

Entre las verjas del Green Park y la estación de los cabs,
Cuánta emoción hay en vosotras!

Después, sigo Rotten Row, hacia Kensington, más sereno,
Menos impregnado de poesía, menos bajo el encanto
De esos colores, de esos olores y de ese atronar de Londres.
(¡Oh Johnson!, comprendo tu corazón, sabio Doctor,
Ese corazón que resonaba plenamente con los ruidos de la gran
|ciudad:

El horizonte de Fleet Street bastaba a tus ojos.)
¡Oh jardines verdes y azules, nieblas blancas, velos malvas!
Rayando el agua de hosco platino del Estanque,
Que duerme bajo la gasa impalpable de una bruma suntuosa.
La larga estela de un ave acuática color de herrumbre. . .

Allí está el Támesis, que la señora d'Aulnoy
Estimaba "uno de los más hermosos cursos de agua del
|mundo".

Sus personajes históricos allí navegaban, en verano.

Al caer la tarde, rasgando el reflejo blanco
De las primeras estrellas:

Y las barquillas, tapizadas de seda, cargadas de príncipes
Y de damas recostadas sobre almohadones bordados,
Y Buckingham y las meninas de la Reina.

Avanzaban suavemente, como un sueño, sobre el agua.

O como nuestro corazón se mecería largo tiempo.

Acompañándose por los hermosos ritmos de los versos reales
|de Alberto Samain.

La calle reluciente en que todo espejea;
 El ómnibus multicolor, el cab negro, la muchacha de rosa
 Y hasta un poco de sol poniente, se diría...
 Los techos lavados, la plazoleta azulada y vaporosa...
 Las nubes de cobre sucio elevándose lentamente...
 Calma y tibieza húmeda, y olor meloso de tabaco;
 Los dorados de ese libro tórnanse más fulgentes a cada ins-
 |tante: un ensayo de sol, sin duda.
 (Demasiado tarde, la noche lo atraparà fatalmente.)
 Y he aquí que después del chubasco estalla el órgano de
 |Barbaria.

VIII

BERLÍN

Joven posteridad del más grande de los grandes hombres,
 Ya desbordas sobre el mundo por todos los lados.
 Y, desde mi última estada,
 Moabit ha crecido como una ciudad americana.
 Madre de numerosos hijos, Berolina fecunda,
 Aspiro tu aire gozoso y frío, puro y grandioso
 Con deleite, en esta tarde de noviembre.
 ¡Es pues el aire que él ha respirado, él también,
 El príncipe de nariz prominente debajo del tricórnio!
 Nada se les ha cambiado a los viejos palacios Luis-Catorce.
 |Aquí
 Todo data del rey de Prusia, y nada importante
 Se ha construído desde 1810. El podría volver
 A la hora de la revista, en una mañana áspera y azul,
 En la Opernhaus Platz, y encontraría,
 En su sitio eterno, los viejos monumentos seudoclásicos:
 Pero a su alrededor,
 Como Boston, Nueva York, San Francisco y Chicago,
 Empujando hacia los horizontes sus calles inmensas y sus
 |casas enormes.
 Sin término visible, su ciudad.

IX

Ciudades, y más ciudades;
 Conservo recuerdos de ciudades como se guardan recuerdos de
 | amores:

Pero, ¿a qué hablar? A veces me ocurre,
 De noche, soñar que me encuentro en una, o bien en otra,
 Y a la mañana me espierdo con un deseo de viaje.

¡Dios mío, hay que morir!
 Será preciso acompañar a través de la enfermedad y en la muerte
 A este cuerpo al que sólo se había conocido en el pecado y en
 | el goce:

¡Oh escaparates de las tiendas de las calles anchurosas de las
 | capitales.

Llegará un día en que ya no reflejaréis el rostro de este tran-
 | seunte:

¿Tantas andanzas en los paquebotes y en los trenes de lujo.
 Terminarán pues un día en el boquete de la tumba?

Se colocará al animal vagabundo dentro de una caja,
 Se cerrará la cobertura, y todo estará dicho.

¡Oh!, que me sea dado, aún una vez,
 Tornar a ver algunos lugares queridos, como

La Plaza del Pacífico, en Sevilla;
 La Chiaja fresca y rebosante de gente;

En el jardín botánico de Nápoles
 El helecho arborescente, el árbol-muchachita

Al que amo tanto, y además,

La sombra tenue de los pimenteros de la Avenida de Kephis-
 | sia:

La plaza del Viejo-Faleros, el puerto de Munychia, y además
 Las viñas de Lesbos y sus hermosos olivares

En los que he grabado mi nombre de poeta lírico:
 Y después, además,

Esa playa, Quersoneso, cerca de Sebastopol.

Donde el mar se mece entre las ruinas, y donde un sabio

Muestra amorosamente un espantoso ídolo Kirghize,
De gruesos labios, con una sonrisa estúpida sobre sus abultadas
|mejillas de piedra.

Y sobre todo, ah sobre todo, Kharkow,

Donde sentí, por vez primera,

El suspiro virginal de la Musa dilatar mi pecho tímido:

Una ciudad para mí:

Cúpulas de oro en el seno de las soledades.

Palacios en el desierto, cálido sol rojizo a lo lejos sobre el
|polvo:

Y, en los barrios pobres,

Las mil muestras de los comerciantes en ropas:

Las casas bajas, de muros blancos cubiertos

Por gruesos hombrecillos pintados, sin cabeza...

X

Y tú, Italia: un día, de rodillas,

Besé piadosamente tu tierra tibia, tú lo sabes;

¡Oh región del Cielo (¿no eres de zafir, de azur y de plata?)

Región del Cielo, encadenada

En medio de las olas que se tornan, para el exilado,

Semejantes a otro Cielo!

¡Oh encadenada por la Nereidas, como Andrómeda,

Mentalmente, desde aquí, una vez más,

Beso con sagrado horror tu vientre

Y tus hermosos flancos fecundados por los dioses!...

XI

Al extremo de la callejuela pina, reconozco

Ese cielo y esa mar, y también ese perfume.

Y, ribera, me precipito hacia ti.

¡Oh mi Welschland bendita! ¡Romania solar!

¡Gloriosos estiércoles, andrajos divinos, héos aquí:
Niños desnudos, ocre viejecillos fumadores de pipas,
Viejecillas de manos oscuras, adolescentes de resonantes voces.
Y tú, mar!

Dejadme solo, dejadme solo con la mar.

Tenemos tantas cosas que decirnos, ¿no es verdad?

Ella conoce mis viajes, mis aventuras, mis esperanzas:

Me habla de esto mientras se quiebra

Contra los bloques de granito y de cemento de la escollera.

Está declamando a mi juventud en italiano.

Por un instante cantamos y reímos juntos;

Pero ya es la historia de otro lo que ella cuenta.

Arrojemos arena y guijarros a la olvidadiza.

¡Y partamos!

(Poésies de A. O. Barnabooth.)